

Costa Rica Ilustrada

REVISTA QUINCENAL DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

EDITORES PROPIETARIOS,

Próspero Calderón—José Antonio Soto.

PRECIO DE SUSCRICION:

En Costa Rica..... \$ 0-80 trimestre adelantado.
En el extranjero..... 1-00
Número suelto..... 0-15
Números atrasados. „ 0-25

{ Año I. Núm. 4. }
{ San José, 1º de agosto de 1887. }

DIRECCION Y ADMINISTRACION,

Calle del Cuño, número 5, Oeste.

APARTADO NUMERO 93.

Sumario.—*Adela*, por Miguel Tapia. *La noche*, por Luis R. Flores. *Las criadas en Guatemala*, por Antonio Batres J. *Soneto*, por Pío Viquez. *La pena de muerte*, por Saulo. *Al 18 de julio*, por Manuel Echeverría. *Noches de teatro*, por Odín. *¡Eso nó!*, por Carlos A. Imendia. *La Marsellesa: su representación*, por Emilio Pacheco. *A una cartaguita*, por Graciliano Chaverri. *Musco Nacional*, por A. A. *A un botón de rosa*, por Carlos A. Imendia. *Las ilusiones*, por Rigoberto. *Revista teatral*, por Braulio. *Cosas del día*. *Explicación de grabados*, por Paolo. *Anuncios*.

Grabados.—Ovide Musín.



OVIDE MUSÍN.

Célebre violinista Belga.

ADELA.

¡Pobre Adela! La niña de cuerpo esbelto, la de bellísimos ojos, va á dejar, tal vez para siempre, el cielo de su pueblo. ¡Adiós! ¡Adiós!

Yo nada he visto tan desconsolador como la silenciosa marcha de aquella familia que una mañana de enero abandonaba el verde valle de Santa María, dispuesta á cruzar el mortífero, escarpado páramo de Buena-Vista, inmensas y solitarias selvas, el caudaloso río General—para buscarse muy lejos, allá en las llanuras de Buenos Aires, vida menos infeliz. Eran unas trece personas. Su casa muy pobre, habíame alojado en un cuarto miserable, cuando solo y ardiendo en calentura, calculaba el próximo término de mis sufrimientos por las congojosas palpitations de un corazón despedazado.

Yo me ahogaba entre tanta pobreza, á pesar del trato cariñoso que allí me daban, y aprovechaba las horas en que no llovía para estarme en la calle. Mi ansiedad era horrible. A veces subía una parte de la cordillera para respirar con más libertad, llegaba hasta un bosquecito, junto á un moral, desde donde, sumergido en hondas tristezas, contemplaba el zafiro de los cielos cruzado por densos nubarrones.

¿Y Adela? Aun recuerdo la ancha ventana de mi cuarto, que daba á un jardín en donde ella acostumbraba divagar fingiendo cuidar sus flores;—otras veces tenía algún pretexto, y andaba la calle para que la miraran peinando su castaña cabellera, siempre suelta sobre su espalda. ¡Que buena era aquella aldeanita, con su leve cintura y su griega fisonomía! Sus cuidados solícitos despertaron en mi alma un agradecimiento que hacía tiempos adormecieran fieras decepciones. Era un ángel esa criatura, pero un ángel que sufría con los ajenos pesares, dispuesta á vendar con sus cariñosas manos las envenenadas heridas del infortunio.

Adela se ocupaba muchas veces de servir en casa de vecinos; ó trabajaba duramente en la suya para proporcionarse estrecha vida. Yo la ví trayendo desde la milpa, que estaba á media legua de distancia, y cruzando la montaña, el maíz y los ingratos cubaces, obligada alimentación de aquellos aldeanos. Pero se consideraba dichosa cuando podía comprarse una cinta para el pelo y un bonito pañuelo que echar

sobre su espalda; vivía contenta con su pobreza, y lágrimas muy amargas lloró desde el momento en que su anciana madre y sus hermanos dispusieron la partida. Ella, una de las muchachas más bonitas de la aldea, había de sepultar en apartadas selvas sus diez y ocho primaveras; y en esa edad sonriente, cuando el sentimiento rebosa dentro del pecho y el corazón necesita dilatarse y no concibe la vida sin la fruición del amor y la confianza de la amistad—la pobre torcaz íbase á la soledad para exhalar en lastimeros, tristísimos gemidos, las aspiraciones de su alma desolada.

¡Qué triste estaba la sensible ninfa del Parrita aquella tarde de enero que lavaba sus ropas á orillas del cristalino y bullicioso río!

—¿Con que te vas á Buenos Aires, mi linda trigueña? la pregunté con amargura.

—Nó, me contestó; prefiero irme á San José, y allí trabajando sabré ganarme la vida.

—Ah! mi pobrecita Adela, la dije entonces, tú no conoces la vida de ciudad. Nuestra capital tan decantada es la mansión del rico agricultor, del comerciante y del empleado público; allí la gente de saber y el artesano se procuran vida trabajosa; pero la inocente hija del pueblo que llega á solicitar ocupación, — ¿sabes lo que va á ser de ella?—De concertada pasa á ser señora algunos días en una casita, donde vive sola, gastando sedas si es bella, hasta tanto que la llega el mal tiempo, para aumentar entonces la turba de infelices que recoge la policía en las calles y en los establecimientos. Las que son buenas como tú son siempre las más desgraciadas. Cuétales perder la vergüenza, y como no tienen un espíritu explotador sólo consiguen arrastrar muy tristemente su miseria. Pero tú no irás á San José: tienes una madre anciana que acompañar y una familia con quien compartir las penalidades de la vida. ¿Verdad que tu corazón tan bueno no te dejaría abandonarlas?

Adela estaba muy triste: más de una vez ligero carmín había teñido sus mejillas; fijó un momento su melancólica vista en la corriente impetuosa de las aguas, y después de torcer sus ropas fuése á tenderlas sobre el césped marchitado por las copiosas escarchas del verano.

Muy pocos días habrían trascurrido cuando la caravana silenciosa subía una mañana la cordillera. Al pasar frente á mi

casita de tablas se detuvieron. Aquella buena familia se despidió de mí; pero yo buscaba solamente á Adela, la encantadora virgen de la aldea, para decirla por última vez mi gratitud; y Adela, ahogada en sollozos, no habló una palabra; sus ojos de mirar tan dulce no se alzaron del suelo: la dríada inocente cruzó ante mi vista como la fugaz aparición del ángel del dolor, y sólo mi corazón pudo escuchar el suyo, que despidiéndose, tal vez para siempre, me dijera bañado en lágrimas ¡adiós!

MIGUEL TAPIA.

LA NOCHE.

ROMANCE.

À mi buen amigo Justo A. Facio.

Con paso lento la noche
Llega tranquila á la tierra
Y desplegando su manto
En densa sombra nos deja;
Las frescas auras murmuran
En las verdosas praderas
Y la fugaz fuentequilla
La voz del aura remeda;
La luna su luz esparce
Melancólica y serena
Y las estrellas rutilan
Allá en la celeste esfera;
Los lirios dan sus perfumes
Ocultos entre las yerbas
Y los céfiros cantores
En las ramas juguetean.
Nada el concierto interrumpe:
Los elementos que velan
Son trovadores que arrullan
A la natura que sueña;
Las avecillas canoras
Sus amorosas endechas
No entonan, embebecidas
En la apasible candencia.
De ella liban la armonía
Que derraman por las selvas
Cuando la virgen Aurora
Abre de Oriente las puertas.

* * *

Es ¡ay! en noches de luna
Tranquilas, suaves, serenas,
Cuando se siente que el alma
A cimas ignotas vuela;
Mas allá donde gravita
Esa falanje de estrellas,
Esos soles de otros mundos

Que en el espacio navegan;
Y en alas del pensamiento
En pos de luz va la idea
Que los espacios surcando
Vaga perdida en la esfera.
Mas ¡ay! del poder effmero
De la vana inteligencia.
Ruge la mar tumultuosa
Por traspasar su barrera
Y por usado camino
El astro su curso lleva;
Así con límite eterno
Natura sus obras sella,
Y el pensamiento, que es vida,
Batalla con su impotencia.
Solo cuando allá cansado
Se siente de la contienda,
En los arcanos se abisma
De la sabia Providencia;
O del misterio perdido
En conjeturas diversas,
Por el espacio rutila
En estas noches serenas,
Como meteoro brillante
De luminosa carrera.

* * *

Solo así; pero la noche
Sus movimientos altera
Y los pliegues de su manto
A recoger ya comienza.
Del reloj que marca el tiempo
En cada hora que suena,
Otro pliegue recogido
De su negro manto queda;
Hasta que aurora descubre
Su faz tranquila y risueña
Y entonces todo se anima
Y todo entonces se alegra.
Las aves allá en sus nidos
A revoletear empiezan
Y dulces trinos derraman
Que los céfiros se llevan
Por saludar á la Aurora
Y despertar á las selvas;
Y al aparecer radiante
De Febo la cabellera,
Huye el aura suspirando
Vagarosa y soñolenta
Y huyen del firmamento
Las rutilantes estrellas.
Cesa entonces la armonía,
Cesa la fácil cadencia
Y sigue el ruido monótono
Del hombre la dura faena.

LUIS R. FLORES.

Las criadas en Guatemala.

Cuadro de costumbres, por Antonio Batres Jáuregui.

* *

Cansado de andar soltero por estas tierras de Dios, resolvíme un día sábado á pasar á mejor vida, tomando una compañera que, á decir verdad, es de carácter apacible y tranquilo. Nada hubiera hasta hoy interrumpido nuestra felicidad conyugal, si no fuera que el hogar doméstico ha llegado á convertirse en un campo de Agramante, merced á las sirvientas que el destino nos depara. Un mes hace que mi mujer ya no vive y que no habla más que del servicio doméstico, en el cual ha habido más cambios y transformaciones que en nuestro delicioso clima.

* *

La señora Brígida fué, en el orden cronológico, la primera que amargó la luna de miel de mi angelical consorte. Presentóse á nuestras puertas un martes muy de mañana, una mujer flaca, alta, tapada hasta las narices y vestida de verde oscuro, que sabía, según dijo á mi señora, que *buscaba* cocinera. Mi cara mitad, después de un largo interrogatorio *ad inquiréndum*, en que le preguntó sus antecedentes y consiguientes, su pasado, presente y porvenir y hasta sus intenciones, sólo pudo averiguar que era cristiana vieja, que le gustaba madrugar ó ir á misa de cinco, recatada y enemiga de los hombres. Bajo tan buenas recomendaciones, quedó instalada en la cocina; pero ¡desgracia inolvidable! desde esa infausta fecha nos hizo la señora Brígida ayunar sin ser cuaresma. Rezaba maitines, vísperas y completas y sazónaba el puchero de vez en cuando con las cuentas de su manoseada camándula. No escuchaba las reconvenciones de mi mujer, porque las sufría con cristiana resignación, y víme un día en el trance fatal de tomar la iniciativa como marido hambriento; la dije:

¿Por qué la señora Brígida
Tan melancólica y tétrica
Una oración al Santísimo
Hace por la vez centésima?

.....
Teniéndonos sólo á líquido
Y en abstinencia tan rígida,
Dejándonos como espárragos
Con penitencia tan recia.

La señora Brígida no acabó de oír los

esdrújulos, que la sacaron de quicio y la hicieron contestarme con palabras agudas. Picó la soleta, sin despedirse de mi mujer.

* *

Hubo un interregno de cinco días, pero al cabo de ellos tomó posesión del empleo una moza pulcra y risueña, de mirada traviesa, alegre como una alborada y de continente provocativo. Elena, que así se llamaba la doncella, no me pareció mala, aunque de guisar no sabía, y vivía más en el mercado que en la cocina. La buscaban á todas horas sus *primos*, que eran en considerable número, y ella los recibía con más dulzura y agasajo del que inspirar pudiera el parentesco. Era afecta á la música marcial, y tarareaba todo el día las sonatas de la retreta. Hasta aquí era pasable Elena, aunque confieso que su nombre me infundió desde un principio serios presentimientos. ¿Si tendremos, decía yo para mis adentros, uno de aquellos episodios de los troyanos, que nos deje sin esta moderna Friné? Así se realizó muy pronto. Una noche á la oración, se dejaron oír los gritos de Elena, que pedía socorro. Salí precipitadamente y encontré que dos de sus primos se la disputaban á estocadas. Busqué á los policías, pero se habían retirado al ponerse el sol, y los *serenos* estaban aún armándose de sus capotes en la oficina. Entretanto desaparecieron los contendientes; quise reconvenir á Elena por el escándalo, pero también había desaparecido entre las sombras de la noche, y con ella desaparecieron también de mi casa dos anillos de mi consorte: sería uno para cada primo.

* *

Después del desaparecimiento nocturno de la cocinera, llegaron á ofrecer sus habilidades varias jóvenes que mi señora no admitió, porque andaba á caza de una que no tuviera primos, ni metiera alborotos.

Se presentó al fin una mujer como de treinta y cinco años, de aspecto melancólico, pálida y demacrada.—¿Cómo te llamas? le preguntó mi esposa.—Ana, señora, para servir á su merced.—¿Y tienes primos ó novios?—No, señora, Dios me guarde; ya pasaron esos tiempos.—Pues te quedas, le dijo; y tomó posesión del empleo. Ana era silenciosa, cumplía con su deber y nadie la buscaba; pero una noche se escucharon lamentos que se convirtieron en gritos. Ocurrimos á ver qué era, y presenciamos lo que

jamás habíamos sospechado Ana estaba á punto de aumentar el personal doméstico, antes de lo que ella misma esperaba. Hubo que despedirla y volver á las andadas.

*
* *

Aquí fué donde mi pobre consorte se decidió á tomar lo primero que llegara. Se presentó de postulante una cejijunta, rechoncha, colorada, de cabello grifo, que se llamaba Leona; era de marcial talante, frisaba en los treinta años y había servido á muchos extranjeros.—Probaremos, dijo mi esposa; y coló capellanía la Leona. No tenía más defecto ostensible, desde el primer día, sino que hacía vivir á nuestras costillas á toda su familia, que debe haber sido numerosa, á juzgar por los muchos cestos que iban llenos y volvían vacíos. Toleramos este pequeño inconveniente y dejamos pasar inapercibidas las impertinencias con que nos favorecía. Pero una tarde, de cuya fecha no quiero acordarme, solamente porque mi infortunada mujer le previno que regresara temprano, ¡ira del cielo! se puso frenética la arropoyada Leona, despidió rayos y centellas y se atrevió ¿quién lo creyera? á lanzar á la cara de mi inocente cónyugue una cacerola, que, por fortuna, no alcanzó á hacerla daño. Después del baturrillo dí cuenta al alcalde del atentado de la Leona. La pusieron presa, pero mejor hubiera sido nunca quejarme, pues por espacio de veinte días, me llamaron del juzgado dos ó tres veces diarias, para ampliar mi declaración, para presentar testigos, para careos, para oírme sobre ex-carcelación, para ver jurar, para repreguntas, para tachas, para qué sé yo cuántas ocurrencias del incorruptible alcalde! Por último me llamó una mañana para hacerme saber, con aire muy autoritativo, que, á pesar de su actividad y de estar persuadido del hecho, sin embargo la reo había probado la *coartada*.—Si no hubo *cortadas*, señor, le repliqué; fué todo con una cacerola.—Usted no entiende, me dijo; es que la Leona probó que no estaba en casa de U. á la sazón que le arrojaron la sartén á las narices de su esposa; y por lo tanto, usted debe pagarle por *falsa calumnia*, daños y perjuicios, cincuenta pesos en que sale condenado. Hice mil protestas, pero no hubo más remedio que perder el dinero, ofreciendo nunca más volver á meterme en *tela de juicio*.

*
* *

Renegaba yo hasta del matrimonio, cuando una mañana apareció mi esposa con aire de triunfo, presentándome una vieja, bizca, picada de viruela, que tenía el nombre consolador de Pacífica. Lo escuché como una deliciosa armonía y contemplé á aquella mujer como el emblema de bonanza, después de las tempestades de la Leona. Pacífica llevaba consigo un hijo de diez años, que por cierto no parecía descender de una madre tan tranquila, pues metía más ruido que un regimiento de reclutas y no dejaba frasto que no rompiera. Parecía que Salomón, tal era su nombre, tenía compañía tácita con todos los fabricantes de loza y cristal: lo peor era que la madre lo castigaba sin piedad y armaba á cada rato terribles algarazas. Así trascurrieron varios días, hasta que por desgracia, le atacó repentinamente un *cólico miserere*, á consecuencia, decía ella, de *un aire* que le había dado. Hémos aquí convertidos á mi mujer en hermana de caridad y á mi en doctor improvisado; sin embargo, hubo que llamar médicos, viaticar á la Pacífica y asistirle por espacio de veinte días; ya no era el cólico el que le hacía morir; era una enfermedad que cada facultativo calificaba de distinto modo, estando de acuerdo todos tan sólo en el funesto pronóstico. Al fin desfalleció la desventurada Pacífica, con la tranquilidad con que había vivido. Hubo que darle sepultura eclesiástica, después de muchas requisitorias, vueltas y trabajos; que no es tan fácil enterrar un muerto como pudiera creerse; pero lo peor de todo, lo que fué una calamidad, lo que más nos dió que hacer, fué el legado del huérfano Salomón, que por cierto no tenía ni la prudencia ni nada de lo que indicaba su significativo nombre. Con el fin tal vez de disipar su duelo, le ocurrió una tarde subir á la azotea para robar la fruta de la huerta de la casa vecina: se vino abajo y se dislocó una pierna. Hémos aquí en nuevos sustos y dificultades, que ya no nos dejaban vivir. Tuvimos que mandar al pilluelo al hospital y hacer propósito de no volver á admitir criadas enfermizas y con prole traviesa.

*
* *

Pero de nada sirven los propósitos, ni la experiencia. El servicio doméstico ha continuado siendo para mi mujer la mayor de las dificultades, la única nube que ha venido á oscurecer los horizontes de su dicha, el tema obligado de sus conversaciones. Vive pensativa y confusa y temo ya que pueda

atacarle una monomanía que Pinel no clasificó en sus obras y que quiera Dios que no contagie á las lectoras que hayan tenido la paciencia de llegar al fin de estos apuntes domésticos.

1887.

:o:

SONETO.

En esta noche fría y turbulenta
En que el cielo se muestra borrascoso,
A dónde me dirijo silencioso
Despreciando el rigor de la tormenta?

Rasga la nube el rayo que revienta
Con súbito estallido, y pavoroso
El trueno que retumba cavernoso
Del nocturno negror el miedo aumenta.

Y en tan lóbrega noche, á dónde guía
El destino mi pie, cuando deshecho
Sacude el huracán la niebla fría?

Sensible siempre fué mi amante pecho,
Y, temeroso de una pulmonía,
A mi cama, lector, me voy derecho.

Pío VÍQUEZ.

:o:

La pena de muerte.

Los versos de don Jenaro Cardona, publicados en el número anterior de este periódico, son armoniosos y su belleza desde este punto de vista es una buena recomendación para el poeta. El asunto en que se ocupa, la pena de muerte, es muy trillado y ha sido sobradamente discutido; está ya resuelto. Tanto por esta razón como porque el señor Cardona no se decide formalmente en ningún sentido, sería molestar la atención pública emprender polémica acerca de él; pero sí intento examinar algo de la forma de su composición y hacer notar la falta de sentido que, á mi juicio, se encuentra en algunos de sus pensamientos y la impropiedad de muchos de los calificativos que usa.

He aquí la primera estrofa:

¿Quién pretende encontrar en este mundo,
Que entre vil lodo y podredumbre rueda,
Una alma-Dios, modelo inquebrantable,
Que el embate del mal jamás no sienta?

Mal que le pese al señor Cardona, el lodo

no es vil: será inmundo, como más adelante lo califica, podrá causar asco, pero no ser vil. Ninguna de las acepciones de esta palabra parece acomodarse á la naturaleza de una cosa material, sino á personas ó á acciones, ó cuando más á objetos que sean causa de una degradación moral, como el oro; pero nadie se degrada ni nadie se envilece por razón del lodo.

El adverbio *no* pospuesto á *jamás* no sienta bien, y antes, por el contrario, es un error gramatical que contribuye á volver oscura la frase. Si bien es cierto que puede hacerse uso de dos negaciones para darle más fuerza á la expresión, también lo es que nunca debe el adverbio *no* ir pospuesto á la otra negación.

Quién pretende que el hombre, ruin microbio
Que se nutre del cieno en que vejeta,
El soberano bien refleje siempre
Y tenga infalible su conciencia?
¿Qué triste pretensión! ¿Acaso el hombre
Tiene su pobre hechura ya perfecta,
O es algún ángel que perdió las alas
En no sé qué fatídica reyerta?

Aquí pretende el señor Cardona, á lo que parece, comparar al hombre con aquellos espíritus rebeldes de que Milton nos habla en su célebre poema, que fueron vencidos por los escuadrones de Dios; pero lo que sí no nos refiere el poeta inglés es que esos seres perdieran sus alas en la lucha, ni que en ellas consistiera su virtud, como nos lo da á entender el señor Cardona. El *ya* del segundo verso implica que el hombre puede perfeccionarse, pero que no lo está todavía, y el símil de los dos últimos excluye esa idea de progreso, porque uno de los distintivos de Luzbel y sus compañeros, si hemos de creer á los teólogos, es su fatal destino de permanecer eternamente en estado de maldad, sin esperanza de variación. Esas frases, pues, según yo las entiendo, son contradictorias.

Y ¿ese Mentor divino dónde se halla
Que al pobre caminante de la tierra
Al Edén lo conduzca de lo bueno,
Sin dejarle un momento de su diestra?

¿De dónde saca el señor Cardona que puede haber un Edén de lo malo? Si esa palabra por sí sola indica la idea de un lugar de delicias, y en nuestra lengua no tiene ninguna otra significación, el pleonasmó es completamente innecesario y hasta de mal gusto.

O pretenden quizá que el Dios sublime
Su eterno amigo y compañero sea
Cuando allá en su dosel, sobre mil mundos,
Ni sospecha tal vez nuestra existencia!

Es natural que el señor Cardona haya puesto una admiración al final de esta estrofa porque, no digo admirado, estupefacto debería estar de que un hombre de su juicio haya dicho semejante dislate. ¿Conque puede imaginarse

un Dios (y un Dios *sublime*) que *ni sospeche tal vez nuestra existencia?* La idea de Dios es incompatible con esa frase, puesto que si él nos ha creado, ¿cómo puede dejar de saber que vivimos? ¿O es que se figura el señor Cardona que porque está tan alto, es decir, *sobre mil mundos*, ya no le alcanzará la vista para distinguírnos? No me disgustaría oírlo disertar sobre materias teológicas, porque si hemos de juzgar por esas palabras, su sistema religioso por fuerza ha de ser bien raro.

Y á ese sér desvalido que así lucha
Con abierto huracán que el mal engendra,
Con injusticia ruda habrá que hacerle
Responsable de toda su flaqueza?
Oh nó; el que delinque y el que falta
A aquellas leyes de moral eternas,
Es una alma raquílica y torcida
Que en medio del desierto cayó enferma.
Y está en la atribución de los humanos
Aplicarle en castigo esa atroz pena
Que en vez de edificar así destruye,
Y que en vez de sembrar calcina fiero!

Esta parte de la composición reviste una elegancia y una valentía que hacen honor al poeta, y que junto con la lucidez de la forma, contribuyen á que la lectura de ella deje una grata sensación en el ánimo; pero la argumentación peca de viciosa: sienta el autor al principio que el hombre "no es responsable de toda su flaqueza" y que "cayó en medio del desierto," y como consecuencia inmediata parece deducir que no está en la atribución de los humanos aplicarle esa pena que "en vez de sembrar calcina fiero." Si no es responsable el criminal, que no se le castigue de ningún modo; y aquél podría admitirse, caso de ser verdadero, como un argumento para suprimir la ley penal, pero no para atacar la pena de muerte como tal. La figura de que *cayó en medio del desierto* podrá ser muy bonita, pero no es propia en este lugar, porque si se está tratando de una ley que existe entre los hombres y si se supone que para aplicarla ha de existir una sociedad en que el delincuente obre, decir que éste ha caído en medio de un desierto no puede ser más inexacto; y si hemos de convenir en que el uso de las figuras da realce á la expresión, también es muy cierto que su belleza la constituye principalmente su semejanza con la realidad.

Y aquel que infame mata, aquel que roba
Así ha de dar su vida como ofrenda.....
Y á quién? A *Sociedad* la más villana
Y cruel furia que mata con careta!

Ahora sin motivo cambia de tono el señor Cardona, y después de haber hecho tantas lástimas del sér humano, agotando los términos conmovedores para defenderlo de la *calcinadora* pena, llamándole *pobre*, *desvalido*, *irresponsable*, *raquílico*, *enfermo* y otras cosas más, sale diciéndole *infame*, precisamente en el momento en que más hubiera debido esforzar su imaginación para presentarlo como merecedor de indulgencia. Luego quiere el autor que la vida que al criminal se quita sea mirada *como ofrenda que él da*: la palabra *ofrenda* lleva consigo la

idea de espontaneidad en el agente, pero aquí es impropio aplicar aquella frase al reo de muerte, puesto que la ley penal le priva de la vida contra su voluntad, y la pérdida de ella, por consiguiente, cuando mucho puede considerarse como expiación, ó como venganza, ó como precaución, según las diversas escuelas penales, pero como ofrenda, nunca.

No comprendo en qué consiste la careta de que el Estado se reviste, según el señor Cardona, para aplicar la pena de muerte, si lo hace en virtud de una ley debidamente promulgada y teniendo el sentenciado conocimiento, anterior al delito, de que aquello le sucederá si obra en determinado sentido.

Los versos que en seguida se encuentran no tienen valor real para la cuestión: pueden llamarse de puro adorno. De que la sangre manche y salpique y sea siempre roja y queme y sea caliente, no sacamos ningún argumento que nos haga inclinar la balanza del juicio en uno ú otro sentido.

En las últimas estrofas del primer párrafo se puede admirar de nuevo la facilidad del verso, así como la energía del poeta que defiende calurosamente la buena causa, la de los derechos primordiales del hombre.

Hállase, sin embargo, que prodiga á veces los adjetivos, y no siempre con felicidad, como cuando califica á la locura de *neccia*; y se nota falta de coherencia en que trate á la sociedad de *loca* al mismo tiempo que de *infame*, porque el abandono de la razón que el autor supone en ella, excluye el que se la pueda imputar nada como infamia.

En el segundo párrafo intenta el señor Cardona presentar los motivos que obran en su espíritu para hacerle vacilar en sus ideas sobre la cuestión de que trata; y variando de tono, nos muestra con palabras terribles al hombre como *temible sierpe*, *sombra satánica*, *infernál pantera*, *buitre feroz*, *monstruo amenazante* y qué sé yo cuantas atrocidades más, pintando un cuadro que horroriza y que involuntariamente nos hace recordar las descripciones del Dante, admirando al propio tiempo la laboriosidad del autor para coleccionar cuidadosamente y repartir en sus versos todos los términos pavorosos de nuestra lengua. Sin embargo, hay que confesar que, pasado el primer susto, no se puede encontrar sino una imaginación calenturienta y una escasez lastimosa de argumentos en favor de la pena de muerte.

El gastadísimo sofisma de que "el miembro gangrenado debe amputarse" y la inexacta aseveración de que "lo que una vez llegó á podrirse, nunca vuelve á recobrar su lozanía," no merecen contradecirse: todo el mundo sabe que en estas cuestiones la posibilidad de la rehabilitación es un axioma.

En una de esas estrofas dice el señor Cardona:

El miembro que se pudre sobre el cuerpo
Y que destila virus y gangrena,

Hay que amputarlo á trueque de que invada
Los órganos que están con vida entera.

La preposición *sobre* está mal empleada á mi modo de ver, pues el miembro que se pudre existe *en* el cuerpo y no *sobre* él. Esta última partícula envuelve una idea de superposición que no cuadra bien aquí.

El modo adverbial á *trueque* debería en este lugar ir seguido de la negación, pues como equivale á *en cambio, con tal que*, si no se le agrega esa negación la frase dice lo contrario de lo que el autor se propone.

El verbo *invadir* está refiriéndose allí claramente al *miembro que se pudre*, y no es con él con quien debería concertar, puesto que el miembro podrido no es el que invade á los demás; son el virus y la gangrena.

En los últimos versos el poeta parece ensañarse más todavía contra el criminal y demuestra creer que no bastan *las mazmorras*, ni los *oscuros calabozos*, ni el *yunque fatal de sus cadenas* para purgar faltas *tan sangrientas* de esos *seres negros*. Verdaderamente, el ciudadano Nerón de la *Marsellesa* habría parecido caritativo y manso comparado con el autor de los versos en esta parte de su composición. Sólo le faltó concluir diciendo como aquél:

Y muera quien no piense
Igual que pienso yo.

Aunque no se necesitaría gran esfuerzo para rebatir el argumento final del señor Cardona, de que la sociedad usa del derecho de legítima defensa al aplicar la pena de muerte, no considero que tenga aquí cabida la refutación jurídica del punto.

Para finalizar debo decir que, si bien el señor Cardona descuida algo la forma en sus bellas producciones, la facilidad de su musa y la inspiración que por lo general se revela en todas ellas, hacen esperar que llegará á ocupar un puesto distinguido entre los vates de su patria, si refrena un tanto su imaginación ardiente.

San José, 27 de julio de 1887.

SAULO.

CON el mayor placer publicamos el siguiente soneto de nuestro amigo don Manuel Echeverría. Lo armonioso y enérgico de sus versos y lo valiente del pensamiento, bien desarrollado en el estrecho molde del soneto, nos hace presumir que la musa del joven poeta llegará á ascender á bien envidiable altura.

AL 18 DE JULIO.

Costa Rica rompiendo las cadenas
Que un déspota malvado le pusiera,
Muestra, libre al entrar en la nueva era,

Que aun corre noble sangre por sus venas.

¡Gloria á quien puso fin á las escenas
Que el romanismo hipócrita exhibía,
Y á quien supo curar en solo un día
Del enfermo las pútridas gangrenas!

¡Juventud! que despierte en nuestro pecho
Este ejemplo el honor! ¡Fuera el tirano
Que huyendo al bien se burla del derecho!

Si hemos de sostener principio sano,
No alberguemos jamás en nuestro pecho
Al carnívoro buitres ultramontano.

MANUEL ECHEVERRÍA.

Noches de Teatro.

(Carmen Fernández.)

Confesemos que nuestro pueblo no es inhospitalario para el arte: se ha encariñado con el repertorio de la compañía "Villarreal" y así lo vemos tres veces por semana, entrar en la sala del teatro atropellándose y procurando alcanzar, después de grandes trabajos, un asiento más ó menos cómodo.

Desaparece el prolongado bostezo del fastidio y corremos todos á ver pasar, ante nuestros ojos atontados, las figuras gloriosas de la humanidad ó las creaciones seductoras del arte, de un arte extranjero, es cierto, y no de indiscutible abolengo, pero arte al fin y al cabo. Vamos todos ansiosos de emociones á contemplar á la enamorada Margarita, al poderoso burlón San Martín ó al siempre simpático y atrayente Roberto; vamos á hundir la vista en aquellas artistas que, envueltas entre gasas, hacen temblar á jóvenes y viejos; en aquellos cuerpos—blanco obstinado de las miradas de la concurrencia masculina—que se mueven al compás de voluptuosas danzas, ondeando en el aire caliente como una promesa de coqueta; corremos á disfrutar de las satisfacciones excepcionales de la belleza, á mirar, en fin, cara á cara, el cielo iluminado de la escena. En estos días, pues, sobre el humo de los talleres, sobre la realidad prosaica del comercio afanoso, sobre la vida puramente canina del que sólo trabaja y come, sin tener tiempo para reposar el pensamiento en nobles tareas, se levanta la bandera de la dignidad intelectual, flameando con vientos de esperanza.

En la sala del teatro, el observador atento puede medir la revolución de costumbres que entre nosotros se ha verificado: la mayor parte del público lleva vestidos, sino de corte de etiqueta, por lo menos elegantes y correctos; perfumes desconocidos y vagos acarician el olfato; el traje de seda rosa pálido, el coqueto lazo azul, el gracioso arabesco de finísimo encaje, los mil detalles del *bon ton* realizando la hermosura de

nuestras bellas; el silencio, la supervivencia de la cultura, en fin, todos esos refinamientos que constituyen el verdadero privilegio del *high-life* indican que avanza cada vez más la ola invasora de la educación europea.

Desciende el telón en cada entreacto y se produce entonces en la enorme sala el sordo rumor de una inmensa colmena; por todas partes se conversa con animación y se discuten y comentan los incidentes de la representación. Levántanse los hombres, y los anteojos, asestados sus ojos de cristal en todas direcciones, mantienen guerrillas de palco á palco, de palco á platea y de platea á palco; muévense mil cintas y plumas, las damas agitan sus vistosos abanicos, y abarca la mirada del observador un conjunto de telas de todos los colores imaginables, alternando el blanco con el rojo, el celeste con el rosado, el negro con el verde y chispeando por todas partes los brillantes, las esmeraldas, zafiros, turquesas y rubíes.

En tan inmensa aglomeración de cabezas humanas todos los tipos tienen su representación: aquí, la rubia de ojos incoloros y pestañas blancas contrasta con la mirada penetrante y el cabello renegrido de una fogosa morena; allí la faz apergaminada de una solterona ó la cara marchita de la vejez resaltan al compararse con la sonrosada de una gentil muchacha de veinte años; mas allá la cabeza inteligente que se mantiene alzada como buscando su justo nivel, y la cabeza gacha del que no piensa ni siente.

Entran en los palcos las visitas, y en los pasillos se forman esos círculos de gente impresionable y frívola, donde autores, obras y artistas son juzgados entre el humo de los cigarros, donde se hace gala de ignorancia ó de pedantería, donde se falla con un desparpajo que debiera ser llamado á cuenta ante el buen sentido.

Hay también la masa formada por gente de tacto exquisito, de gusto cultivado que oyen, comparan, maduran sus juicios, enfrenan los entusiasmos inmotivados y procuran ajustar sus opiniones á los preceptos de la belleza artística. Ése es el verdadero público.

Por último, allá arriba, coronando el círculo de palcos, se encuentra el paraíso turbulento: cuerpos macisos, caras barbudas, granujas que chillan, mujeres que en cambio de alimentar unas cuantas historietas de amores interesados, tienen ante sí la perspectiva del hospital: es aquello un conjunto de racimos apretados que se mueven dentro de la cintura de hierro de las barandas, con todo los rumores de las masas humanas comprimidas, que buscan en aquella estrechez asfixiante un acomodo y una estabilidad imposibles.

Y apropósito, hagamos una observación interesante. En la última noche—durante la representación de la *Tempestad*—cierta parte de la concurrencia que asiste al paraíso, urgó hasta el extremo, con su insolencia y su audacia, la paciencia del público bien educado que asiste á los palcos y á la platea; murmullos constantes, ri-

sas estúpidas, entusiasmos ruidosos, en fin, un desorden que irritaba.....

Nosotros no nos hacemos ilusiones: reconocemos el principio de igualdad ante la ley, pero no nos seduce la democracia de las novelas románticas en que la hez del pueblo aparece codeándose con la gente bien educada. La igualdad humana es una quimera; ni anatómicamente son iguales los hombres. Creemos que hay una nobleza de abolengo tan limpio que no es posible dejar de acatarlo: nos referimos á la nobleza de la educación. Ella es la única que pone lustre en el ánimo y levanta las concepciones, mejorando al hombre y haciéndole delicado, gentil y caballero. ¿Por qué no decir que es el límite infranqueable entre una y otra agrupación, si lo es en realidad?

Digamos, para concluir, que el poder moralizador de la gente distinguida que llenaba la platea se hizo sentir, imponiendo silencio á cada momento á esa parte inculta del paraíso que quiere llevar al teatro la costumbre de los circos de acróbatas. Estuvo en su derecho al hacerlo, y pensamos que siempre debe imponer sus opiniones, no por su altura aristocrática de concepto, sino por su forma culta de manifestación.

Continuemos nuestra revista.

Los diálogos *sotto-voce* de las muchachas empiezan á disminuir; las ancianas soñolientas, con esa indiferencia de quien está cansado de la vida, dirijen su vista al escenario; cesan los saludos significativos y las miradas rápidas y las frases almibaradas y los suspiros reveladores y las quejas amorosas y.....en fin, las grandes vaciedades de la humanidad que cree. Cada cual vuelve á tomar su asiento; los más remisos entran precipitadamente, temerosos de llegar tarde; la música empieza con aquellas notas suaves y melifluas que semejan un océano lleno de olas azules acariciadas por la brisa; el silencio se restablece y el telón se levanta.

Carmen Fernández aparece en la escena y la corriente magnética de las miradas del público la envuelve y la estrecha, como el abrazo de un amigo cariñoso. ¡Qué orgullosa ha debido sentirse esa artista al cosechar las flores preciosas que produce su inspiración! ¡Qué dichosa ella al recibir, convertidas en aplausos, las notas escapadas de su garganta, nido de ruiseñores! El canto de esa artista es en el principio la superficie tranquila de un mar iluminado por fuegos fosforescentes; después, las notas se levantan, ruedan, borbotan y se quiebran en copos de espuma: son entonces el océano agitado en que las olas parecen abrazarse.

.

Carmen Fernández—la *gracieuse diva*, como llaman los revisteros de París á la Judic—es una artista que posee cualidades extraordinarias para la escena y principalmente para el *vaudeville* y la opereta.

Su repertorio y su centro está en esos géneros. Es una artista á la *dernier*.

Nosotros lo confesamos con franqueza: *La Tempestad* y *El Salto del Pasiago* dejan en el ánimo profundísima impresión; pero pertenecen á ese género especial que sin dar de mano á lo bufo aspira á la excelencia suprema de la ópera, resultando de ahí que no tiene carácter alguno definido. Recordamos lo que decía Revilla de la zarzuela: "Es una señorita cursi y tendenciosa. Al zarzuelero no sé como hablarle y en esta duda, lo mejor es no hablarle de ningún modo."

Así, la zarzuela no nos entusiasma y preferimos la ópera bufa francesa, caricatura si se quiere, pero caricatura franca que rebosa ingenio y buen humor.

En la opereta, Carmen Fernández vibra y triunfa. La prensa, donde quiera que ella ha hecho brillar su genio finamente cómico, ha alfombrado de laureles el camino de la artista y ha consagrado con el óleo del entusiasmo el donaire y la belleza de la mujer. Tiene hoy veinticuatro años, ha hecho sus armas en luchas bien bravías y es ya en los escuadrones del arte una generala marcada por la fama.

Carmen es malagueña, y tiene una alma tan hermosa como el cielo que la vió nacer. Estudió en el Conservatorio de Madrid, y á su salida de aquel establecimiento ingresó en una compañía que se organizaba para Buenos Aires y Montevideo. En aquellas cultas capitales fué debidamente apreciado su talento artístico y su verdadero conocimiento del gusto moderno. "Los recuerdos de aquella excursión—dice ella—viven frescos en mi memoria, á pesar de que se ha desvanecido ya el color de las cintas que adornan las coronas que aun conservo como testimonio del cariño que me tuvo el público argentino."

De allí volvió á Europa y cantó en los teatros de Madrid, recorrió las principales ciudades de España, pasó á Lisboa y luego á París, donde tuvo ocasión de estudiar á las famosas artistas Luisa Theo y María Van-Zants. Aceptó más tarde una contrata para el Teatro Nacional de Méjico, fué después á la Habana, luego á Guatemala y de allí vino á esta capital.

Carmen Fernández no es, pues, una desconocida: posee una de esas ejecutorias que más pueden ambicionarse: las que extienden y rubrican el talento y la reputación.

.*.*

Esta distinguida tiple posee la sal y el donaire propios del género bufo. Nadie tan arrogante como ella, nadie tan aguijoneado de las ansias supremas del teatro; nadie que tenga más alta y exquisita conciencia de su papel. Estas mujeres entusiastas merecen algo más que aplausos, que es glorioso ver seres que tienden invenciblemente al ideal, despreciando de modo olímpico las preocupaciones del *profánium vulgus*.

Apenas conocemos á la artista, pero ella nos ha fascinado. Somos de aquellos que se enamoran de una mujer-tipo, como de algo supremo que encadena la admiración. Impórtanos poco hallarla entre los poderosos de la tierra, entre la opulencia de los banqueros ó entre las partículas invisibles del gran tablero universal. Además somos adoradores de esos espíritus que revelan una exquisita sensibilidad intelectual y una halagadora complejidad de cerebro. Y Carmen Fernández—á nuestro entender—tiene las cualidades principales de las grandes artistas; enormísima sinceridad que va hasta darle en la escena toda la excelcitud de una iluminada; facilidad para dejarse poseer por el carácter del tipo que representa, de modo que entra en él, se encarna en su cuerpo glorioso y le filtra todo el vuelo de su propio genio; intuición para trasladarse de un golpe á las épocas que se exhiben, y tiene además inteligencia apropiada, prestancia hermosa, elegante y dócil á las inflexiones de la voluntad; movimientos rigurosamente exactos en los pasajes históricos; actitud naturalísima en las escenas más comunes ó vulgares de la vida. Tiene ese *quid divinum* de los poetas y de los artistas de raza que les hace hermohear cuanto tocan.

La gracia, la coquetería deliciosa, la naturalidad son los rasgos distintivos de esta fisonomía artística. Cuando trata de representar á Magdalena Dietrich, es la aristócrata arrogante que quiere conservar su alcurnia á pesar de los avances de la revolución; acto continuo es la infeliz perseguida, con el alma enlutada por la muerte de su padre, y que en medio de su desgracia rechaza con altivez la mano que le tiende el odioso jacobino.

Veámosla después cuando le toca ser Nora en *Las Campanas*: qué viveza en la mirada, qué presteza cuando se dispara al escenario, qué *resalá* tan artísticamente expresado! La facilidad con que esta mujer se transforma es increíble. Más tarde la veréis entusiasmar al público, cuando hace de Guadalupe en el *Lucero del alba*: al espectador le vienen cosquilleos y antojos de risa, y por fin los aplausos estallan cuando Carmen, con la zandunga de la manola canta:

Yo naé en un sotillo
De Sierra Morena
Donde crece el tomillo
Con la yerba buena.

Un periódico de la Habana decía: "La Fernández había vencido al público. ¿Por qué? Cuando yo averigüe en virtud de qué sortilegio un ordador se hace el rey de los que le escuchan, entonces diré por qué Carmen Fernández entusiasmó anoche al numeroso público, renuente al aplauso, que tenía delante de sí."

Y es porque Carmen tras de ser artista, tiene la varita mágica de la juventud y la hermosura: aquella nariz llena de gracia y picaresca coquetería que dilata sus fositas adorables, cual

si deseara más aire á su alrededor; aquel cerco de pestañas, extendido como sedosa cortina, que vela el resplandor ardiente de sus pupilas y que se agita cual abanico de pequeñísimas plumas negras; aquella linda boca sonrosada; aquella fisonomía tan primaveral, tan llena de recuerdos, de flores y de perfumes estivales; y sobre todo aquellos ojos oscuros tan preñados de sentimiento, de dulce melancolía, de embriagadora y naciente voluptuosidad! Así se explican esas explosiones que ella ha escuchado en los teatros y que resuenan como truenos de una tormenta colosal.

Hay sobrada razón: Carmen Fernández lleva en sus sienes una triple corona, porque á la del genio reúne las de la juventud y la modestia.

ODÍN

—:o:—

¡Eso nó!

(A Próspero Calderón.)

Puedo creer que Fidias fué abogado,
Que usó levita el inmortal Homero,
Que Cicerón fué un triste zapatero,
Y que nació en Bruselas el Tostado.

Puedo creer que España no ha guerreado,
Que en realidad existe el Cancerbero,
Y que Artajerjes era el consejero
De Don Carlos segundo el Hechizado.

También puedo creer que la ballena
Tiene en inmensos árboles su nido,
Que se puede comer la luna llena.

Todo eso creerlo acaso yo he podido;
Pero que haya en el mundo suegra buena...
Eso no podré creerlo... ni dormido.

CARLOS A. IMENDIA.

(Salvadoreño.)

1887.

La Marsellesa: su representación.

Basada esta obra en ese drama fecundo y glorioso de la Revolución Francesa, quisiéramos exponer, siquiera ligeramente, algunas ideas acerca de ella, para así poder juzgar con algún criterio la pieza á que nos referimos.

Al recorrer la vista sobre las páginas de esa Revolución, el ánimo se siente como sobrecogido por no sé qué espléndido des-

lumbramiento. Tanta es la luz que esa obra redentora ha arrojado sobre el mundo y tales son esos formidables obreros que la llevaron á cabo tras cruentos sacrificios y titánicas luchas. En primer término vemos desfilar ese augusto cortejo de los filósofos y enciclopedistas con Voltaire, Juan Jacobo, Alembert y Diderot á la cabeza; después los hombres de acción como Dantón, los poetas como Rouget de Lisle, los hombres de la palabra como Mirabeau, Vergniaud, Saint Just, Robespierre, Desmoulins, Barnave, Lanjuinais y tantos otros, todos grandes, todos inspirados en la sublime causa de la Revolución.

¿Cuáles no serían las impresiones que esperabamos recibir la noche de la representación de "La Marsellesa", obra inspirada en esa grandiosa epopeya del 89, tan sangrienta como benéfica en sus resultados, no sólo para la Francia entonces oprimida sino para el mundo entero?

Mas por desgracia no fué así. La obra del señor don Miguel Ramos Carrión, tal cual se representó el 22 de julio próximo pasado, desfigura notablemente la grandeza de la Revolución, de esa "hazaña de Dios" como muy bien la llamó Víctor Hugo, haciéndola presentar ante el público no bajo las luminosas y múltiples fases en las cuales hoy se estudia y admira, sino bajo un aspecto mezquino y sombrío, donde tan sólo se ven hervir de parte del pueblo los odios miserables y donde la baja intriga y la delación hacen gran papel. El espectador lo que en ella contempla es un populacho desenfrenado, ebrio de sangre, armado de picas, sin conciencia ni antorcha que lo guíe, y al través de esa horrible noche, la fatídica carreta de los ajusticiados y la lúgubre silueta de la guillotina.

Esperabamos ver la exaltación de ese pueblo que proclamó ante el mundo ese Evangelio sublime de la democracia: los Derechos del Hombre; esperabamos, repetimos, asistir á la apoteosis no, al aminoramiento y degradación del heroico pueblo del 14 de julio que derribó la secular y odiosa Bastilla, cárcel de sus mismos opresores.

La Revolución Francesa no fué sino la protesta del porvenir libertador contra los tiránicos y carecomidos poderes del pasado; fué la lucha formidable de un pueblo que comprende sus derechos contra quince siglos de vergonzosa servidumbre. Es verdad que la Revolución cometió crímenes, que la guillotina en su incesante trabajo na

da respetó, rodando al peso de su fatal cuchilla no sólo las cabezas de esos titanes que la precipitaron como Dantón, Robespierre y Desmoulins, sino cabezas tan venerables como la del químico Lavoisier y el poeta Chenier y tan hermosas como las de María Antonieta, Isabel, la princesa de Lamballe y Carlota Corday. Mas no hay que culparla y maldecirla.

“El Terror, como ha dicho Luis Blanc, preparado por siglos de opresión, provocado por espantosos ataques y estimulado por los peligros de una lucha de colosos, salió de las entrañas de la historia.”

Esa lucha representaba la muerte del pretendido derecho divino de los reyes, representaba la destrucción del feudalismo, la extinción de los mayorazgos y odiosos privilegios, la desaparición de tantas absurdas preocupaciones, abusos, fanatismos, errores é ignorancia y el advenimiento espléndido del Derecho y la Libertad.

Vamos á relatar brevemente de acuerdo con la historia, el génesis de la Marsellesa, de aquel himno sublime que “el genio de Francia subitamente aparecido inspiró á Rouget de Lisle” en los momentos supremos de épica desesperación, en que de todas partes se escuchaban estas fatídicas palabras: *¡La patria está en peligro!*

Con motivo de haber llegado á Strasburgo la noticia de que le Austria, habiendo declarado la guerra, marchaba sobre la Francia—Dietrich, el patriótico gobernador de esa ciudad, reunió en su casa (24 de abril de 1792) á algunos voluntarios que pronto habrían de partir. Entre los convidados se encontraba Rouget de Lisle, joven capitán de ingeniería. En esa reunión Dietrich habló de la necesidad de un canto de guerra para los soldados. Vamos, Rouget, dijo él, dirigiéndose al joven oficial, vos que sois poeta y músico, hacéndonos algo que merezca ser cantado. Rouget se excusó, mas obligado por las instancias de sus amigos y en atención al estado de exaltación y delirio que provocaba entonces la grandeza de los acontecimientos, se retiró preocupado por tales palabras hacia la media noche á su pieza, tomó su violín y compuso esa misma noche la letra y música del himno que debía inmortalizarle, tal cual existe hoy, con diferencia de los dos siguientes versos de la última estrofa:

Et que les trônes des tyrans
Croulent au bruit de notre gloire.

Estos versos fueron reemplazados por los siguientes:

Que tes ennemis expirants

Voient ton triomphe et notre gloire.

Tal fué la historia de ese canto patriótico que hizo decir á un general francés: “Nosotros hemos combatido uno contra diez, pero la Marsellesa nos ha acompañado”; otro exclamó; “Enviadme 1,000 hombres y un ejemplar de la Marsellesa y yo respondo de la victoria.”

Tal fué ese himno que en breve resonó por toda la Francia y á cuyos acentos henchidos de patriótico entusiasmo ganaba la joven República, que entonces carecía de pan, soldados y elementos, batallas imposibles contra la Europa coaligada, arrollando á los ingleses y holandeses en Hondochoste, á los austriacos en Wattiguiet, reconquistando la Alsacia, sofocando á Lyon, arrancando á Tolón á los ingleses y reduciendo á la Vendée, el foco de la contra-revolución.

En la obra del señor Ramos Carrión, lo que hemos visto con no sé qué dolorosa y justa repugnancia es una crítica ruín y solapada de la gran Revolución, crítica en la cual no se ha sabido respetar siquiera al protagonista del drama, al noble é inspirado Rouget de Lisle. En la escena final del último acto la cobarde fuga de éste con Magdalena, la hija del Barón Dietrich, Alcalde de Strasburgo, en los momentos en que es conducida al patíbulo la heroica y simpática cantinera que después de haberlo salvado y seguido á la victoria, se sacrifica por él, desvirtúa y mancha esa noble figura de la Francia revolucionaria.

Aparte de estos defectos capitales, encontramos en dicha obra escenas inverosímiles y exageradas, y en toda la pieza, como ya hemos dicho, una tendencia disimulada á menguar esa grandiosa epopeya del noble y heroico pueblo francés.

Acerca de la ejecución de dicha pieza también diremos algunas palabras, dictadas por la justicia é inspiradas por el triunfo que en general alcanzaron en esa pieza lírica los artistas de la Compañía del señor Villarreal.

La señora Celimendi representó á Flora, la agraciada cantinera, con naturalidad y expresión. La simpática señora Fernández estuvo á la altura de su conquistada reputación en el interesante papel de Magdalena Dietrich, la musa del poeta, la verdadera inspiradora de la Marsellesa. Nuestro amigo

el joven Vila á pesar de tener un papel secundario, con su digno continente y sonora palabra, supo sacar todo el partido posible de la representación del noble Barón Dietrich. Iglesias como siempre inimitable. La señora Cavaletti y Jiménez, no dejaron nada que desear. Los coros estuvieron bien ejecutados. El señor Monjardín que hacía el papel de Rouget de Lisle, el protagonista del drama, recibió los merecidos aplausos que nuestro público sabe tributar á los verdaderos artistas.

San José, 24 de julio de 1887.

EMILIO PACHECO.

—:o:—

A UNA CARTAGUITA

(A G. G.)

Todo en tí me enamora y me fascina:
tu seductora faz americana,
tu talle y tu figura soberana,
tu deslumbrante cabellera *ondina*;

tu voz—que de tu boca purpurina
como cascada bullidora mana—
y esa esbelta arrogancia de sultana,
que es de una Venus la actitud divina.

Mas nada, nada en mi entusiasmo tanto
me admira de tus gracias y me asombra,
como tus ojos en que amor destilas:

que el mismo Dios por aumentar tu encanto,
en forma de astros condensó la sombra
y los puso en tus ojos por pupilas!

GRACILIANO CHAVERRI.

Cartago, julio de 1887.

Una adquisición preciosa

PARA EL

Museo Nacional.

En la Gaceta del 1º del presente mes se registra un contrato de compra-venta, celebrado entre el señor Ministro de Fomento y nuestro ornitólogo don José C. Zeledón. Por dicho convenio el señor Zeledón vende al Gobierno su colección de aves de Costa Rica, por la suma de mil qui-

nientos pesos, pagaderos por mensualidades de á cien.

Por el conocimiento que tenemos de dicha colección ornitológica, nos creemos autorizados para felicitar al señor Ministro por esa interesantísima compra, que sin sacrificio alguno para el Tesoro Público dejá cimentado nuestro naciente Museo Nacional.

Las cuatrocientas especies de pájaros que contiene el lote á que hacemos referencia, unidos á los que poseía el Museo, forman una colección que si bien no contiene las setecientas especies encontradas hasta ahora en nuestro territorio, se aproxima sí á ser una colección completa, y justo, muy justo es que tratemos de tener y conservar aquí lo mejor en materia de colecciones de nuestros productos naturales. Si el actual Gobierno continúa prestando su apoyo decidido á los trabajos que se ha servido implantar, no estará lejano el día en que no tengan las personas deseosas de conocer nuestras riquezas, que recurrir á museos extranjeros en busca de aquello de que carece el foco de producción. Y por otra parte, la juventud que se levanta tendrá nuevos horizontes abiertos para saciar así su sed de conocimientos que no puede conformarse con el estrecho círculo de la jurisprudencia.

Mucho es el interés que las sociedades científicas se toman por conocer las producciones de todos los países; pero como es muy natural, tienen que concretar exclusiva atención á sus propios territorios, pues á pesar de los esfuerzos hechos hasta la fecha, esos laboratorios investigadores de la naturaleza, no han podido conocer á fondo las innumerables variedades encerradas dentro de los límites del territorio en que se encuentran implantados.

Ninguna consideración queremos hacer respecto al valor inmenso que encierra el estudio de la Naturaleza, porque sería una sencillez creer que dado el estado de adelanto que hemos alcanzado, pueda haber quienes consideren esos estudios como objeto de entretenimiento y lujo. Cuando los hombres necesitaron buscar su alimentación tuvieron que empezar por distinguir las producciones vegetales y los diversos animales que podían suministrarles sustancias asimilables á su naturaleza, y tuvo entonces nacimiento la agricultura, y su principio la adquisición y dominio de los animales domésticos; cuando se vieron obliga-

dos á proporcionarse utensilios para atender á sus necesidades cada vez crecientes, los vemos dirigirse á las rocas para extraer de ellas los pedernales de que debieran servirse; y más tarde los vemos aprovecharse de los metales, que tenían que sacar del interior de la tierra, para proporcionarse herramientas y armas para hacer prevalecer su autonomía sobre los demás seres vivientes; más tarde aún, estudian los llacimientos de huya para aplicarlos al vapor, cuya vida hasta ahora, son esos inmensos depósitos de vegetales sepultados en las entrañas de la tierra; y últimamente la electricidad en todas sus aplicaciones nos pone de manifiesto que nunca se apreció como fué debido la discusión entre Galvani y Volta, cuando cada uno de ellos estudiando dos reinos diferentes de la Natureleza quería arrancar á nuestra madre el secreto de esa fuerza misteriosa que nos da luz, movimiento y trasmisión á la palabra.

San José, 5 de julio de 1887.

A. A.

A un botón de rosa.

Botón que apenas naciste
Del jardín entre las flores,
Ni disfrutaste de amores,
Y tus encantos perdiste.

Ni el gorrión ni mariposa
Tu néctar suave libaron,
Ni los céfiros besaron
Tu corola primorosa.

Y ya marchito te ves,
Deshojado y sin esencia
Así es, botón, la existencia,
La dicha humana así es!

CARLOS A. IMENDIA.
(Salvadoreño.)

1887.

Las ilusiones.

Al abrir el hombre sus ojos al mundo, ó por mejor decir, al pasar del estado de niñez al período de la juventud, parece ser que de esta mudanza surgen las ilusiones.

Sí; cuando se ha llegado á tomar ente-

ra posesión de las facultades intelectuales, cuando la imaginación ardiente busca afanosa una idea, siquiera sea pasajera, para acariciarla, entonces es cuando se agolpa en tropel á nuestra mente, esa multitud de ilusiones elemento de vida de la juventud y ensueño de sus locas esperanzas; entonces es cuando, al nacer las primeras ilusiones, nacen también con ellas, los primeros desengaños.

¿Qué otra cosa son las ilusiones sino la savia nutritiva de la vida moral del hombre?

¿Cuál sería su fastidio si no fuesen las compañeras inseparables de su infortunio, ayudándole á llevar con paciencia la carga insoportable de la desgracia?

Tratad de hacer conocer á un iluso que sus pensamientos son vanos, fútiles y efímeros, con el propósito de hacerle desistir, y obtendréis por resultado, no otra cosa que su muerte moral; por qué?—porque ellos son el alimento de su espíritu, su sostén, su esperanza; y porque su existencia le sería imposible, difícil de soportar sin ellos: se consideraría como un ser inoficioso en el mundo, que nada tiene que esperar; en una palabra, se consideraría sin porvenir.

¿Quién, cualquiera que sea su situación, no se ha tomado la molestia de procurarse con las ilusiones que pródiga le ofrece su imaginación, un pasatiempo agradable?

¡Desgraciada humanidad! Si es cierto que las ilusiones te causan un placer sin límites, también es cierto que muchas veces, tal vez en el momento en que más feliz te consideras viene de súbito la cruel realidad á sacarte bruscamente del éxtasis en que estabas sumerjida, dejándote tan sólo por recuerdo su desconsoladora verdad.

No hay nada que se multiplique con tanta profusión como las ilusiones; de las muertas surgen otras que corren presurosas á ocupar el puesto que aquellas dejaban vacante al morir; se suceden las unas á las otras como las ondas producidas por una piedra arrojada en mitad de un lago tranquilo; pero todas, casi siempre, como las ondas se deslizan ligeramente hasta estrellarse en la costa de la realidad, en donde encuentran su tumba.

Los más ricos de ilusiones son los pobres; es cosecha que no se pierde jamás; ellas contribuyen en mucho á mitigar y á hacerles más llevaderas las miserias de la

vida: un pobre sin ilusiones es como un pájaro sin alas.

En las épocas más infaustas de la vida, cuando agobiados por el dolor se entregan á la desesperación, las ilusiones acuden como ángeles de consuelo á prestarles su valioso auxilio, y á alentarles para que con la resignación que exigen las circunstancias, esperen tiempos más bonancibles.

¡Oh ilusiones!, benditas seais; sin vosotras la vida parecería una noche borrascosa é interminable; vosotras sois el faro luminoso que señala el puerto de la esperanza al navío extraviado de la desesperación: sin vosotras la vida sería un desierto sin oasis. Yo os bendigo con la efusión de un corazón desesperanzado.

Cartago.—C. R.—Julio de 1887.

RIGOBERTO.

REVISTA TEATRAL.

Fieles á nuestro compromiso, vamos á hacer una ligera revista de las piezas puestas en escena por la compañía "Villarreal". Vaya primero la sombra, para que después brillen los colores vivos del cuadro.

En la representación del *Juramento*, habiéndose anunciado que el señor Villarreal haría de cabo Peralta, resultó desempeñando aquel papel el señor Vila, y esto francamente, fué una desilusión para el público. No queremos decir que Vila no sea excelente artista, pero es el caso que estaba fuera de su centro, que él no es para dar vida á aquel caracter.

En la ejecución de la preciosa opereta *Jugar con fuego*—tan llená de *esprit* y de gracia— notamos con disgusto algunas incorrecciones: la escena de los locos no estuvo interpretada con habilidad, y además, el señor Abella, que generalmente merece nutridos aplausos, se reía cuando debiera estar colérico por los desmanes de aquella gente insana.

Los actores, en la última escena de la *Tempestad*, estuvieron un tanto flojillos. No sabemos qué fuera ello; lo cierto es que las voces destempladas del viejo que pedía misericordia produjeron, en vez de sentimiento alguno, la hilaridad de la concurrencia.

El jueves en la noche se puso en escena la opereta titulada *Las hijas de Eva*.

Pero ¡qué frialdad, señor, en los dos primeros actos! Aquellas horas pasaron entre bostezos. Afortunadamente, ya en el último acto subió el calor artístico unos cuantos grados, y nuestro público, que atesora tanta benevolencia, se mostró casi, casi satisfecho. Ojalá que los artistas procuraran siempre colocarse á la altura que su reputación exige.

Tales son los defectos que á fuer de cronistas imparciales debíamos apuntar.— Ahora, en cuanto á las bellezas, consignemos que durante la última quincena no hemos visto pieza alguna indigna del repertorio de la Compañía; que *Las Dos Princesas* gustaron mucho; que los *Diamantes de la Corona* fueron ejecutados con una maestría digna de los aplausos que el público prodigó; que en *La Marsellesa*, la señora Celimendi hizo una Flora con tal primor, que si no logró conquistar el rebelde corazón de Rouget, sí cautivó la admiración de los espectadores; y por último que el simpático Roberto fué perfectamente caracterizado por la señora Fernández, quien— sabido es— posee una de esas bellezas que entran por los ojos para posesionarse luego del corazón.

Y aquí vuelve otra vez la ingrata tarea del crítico: ¿por qué estas distinguidas tiple no arrastran la nota con más fuerza? ¿por qué no nos dan el placer de oirlas tan claramente como en nuestro afán de admiradores suyos, lo deseamos? Decimos esto porque en el último acto de *Las hijas de Eva* el canto nos llegaba apenas perceptible. Se nos ha dicho que la simpática señora Fernández padece de una indisposición que le impide por el momento esforzar la voz. Si tal es, lo sentimos con toda el alma y hacemos los más sinceros votos por su completo restablecimiento.

Concluimos aquí, deseando que en adelante los estimables artistas no nos den materia sino para alabarlos, pues que para la censura nuestra pluma corre con dificultad.

BRAULIO.

COSAS DEL DIA.

LA ENTREVISTA verificada en Managua entre los Señores Carazo y Soto, Presidentes respectivamente de Nicaragua y de esta República, ha llevado felizmente á cabo una idea progresista y de benéficos resultados para el porvenir de Centro América, al través del cual vemos fulgurar con más bri-

llo la idea sublime de la "Unión" y abrirse la ancha vía interoceánica que hará la futura y común grandeza de nuestras Repúblicas hermanas.

Nuestras embarcaciones pudiendo surcar libremente las aguas del río San Juan y el hermoso lago de Nicaragua, harán más duraderos y estrechos los lazos que nos unen á esa República.

El comercio y la agricultura han encontrado nuevas y féculdas vías de riqueza y prosperidad.

Por tales motivos está Costa Rica de plácemes. Felicitamos cordialmente al señor Soto y enviamos al señor Carazo, digno Mandatario de Nicaragua, nuestro respetuoso saludo y sincera felicitación.

HAN VISITADO nuestra mesa de Redacción las Memorias de las Secretarías de Instrucción Pública, Guerra y Marina, presentadas al Congreso por sus correspondientes Ministros.

Oportunamente nos ocuparemos de tan importantes documentos.

OBITO.—José María Volio, el amante y fiel hijo, el cariñoso amigo, el ciudadano franco y pundonoroso, murió hace poco en Panamá, víctima de una penosa enfermedad.

Nosotros al recibir tan infausta noticia, sentimos cierto desconsuelo en el alma, y nos preguntamos en seguida: ¿Por qué la muerte se complace en apagar siempre una existencia joven, llena de amor é ilusiones, de enérgica vitalidad? ¿No hay otros seres, para quienes los encantos de la vida son una quimera, y que sólo hallarían reposo eterno en una tumba fría?

¿Por qué, pues, se va una vida primaveral, empezando á saborear la miel del ensueño y la felicidad?

José María Volio reunía valiosas prendas que lo hacían acreedor á la estimación general. Con su muerte, llena de luto un hogar querido y sumerge á una numerosa familia en un caos de tristeza.

Si las lágrimas ajenas sirven de algún consuelo, tenga su familia la íntima convicción, de que á su memoria, han derramado muchas sus amigos!

POR UN OLVIDO involuntario no hemos enviado nuestro saludo á *El Tío Simón*, periódico que ha visto últimamente la luz pública en esta Capital.

Perdónenos el colega, y reciba nuestro sincero saludo y los votos que hacemos por su prosperidad y larga vida.

YA QUE la Empresa Villareal se hace pagar tan bien las localidades, debiera proporcionar al público la mayor comodidad posible, y no tenerlo como tres entre un zapato, como aconteció el martes, por haber colocado mayor número de asientos del que cabe en la platea.

EXPLICACION DE GRABADOS.

OVIDE MUSÍN.

Nuestros lectores verán con sumo gusto el retrato de este celebrado violinista, el cual nació en Lieja (Bélgica) en 1854.

Tan rápidos fueron sus progresos en el arte, que á la edad de once años recibió en el Real Conservatorio de dicha ciudad, el primer premio de violín, haciéndose admirar desde entonces de los públicos donde se ha presentado, y algunos artistas de nombradía le han estrechado la mano de verdadero amigo y le prodigan las más finas atenciones.

Ovide Musín ha entrado con gloria para él y para el mundo, en una carrera en que indudablemente recogerá muchos lauros.

PAOLO.

ANUNCIOS.

AVISO.

Indalecio Rivera y Francisco M. Núñez, dan clases á domicilio ó en la casa número 18, Calle de los Angeles.

Precios y horas, convencionales.

Cartago, julio 12 de 1887.

Juan Francisco Echeverría.

Jenaro Castro Méndez.

ECHEVERRIA & CASTRO,

Corredores Jurados y

Comisionistas.

Apartado 103.
Cable "Echeverría."

2 Calle General Fernández.
SAN JOSÉ, COSTA RICA.